

DISCURSO DE RECEPCIÓN AL INGRESO COMO ACADÉMICO DE NÚMERO DEL ILMO. SR. D. ANTONIO DIÉGUEZ LUCENA

Federico J.C.-Soriguer Escofet
Numerario de la Academia Malagueña de Ciencias

Es para mí un gran honor el tomar aquí, ahora, la palabra para recibir, siguiendo el protocolo académico, al profesor Diéguez Lucena como miembro de la Academia Malagueña de Ciencias. Y lo es por muchos motivos que iré desgranando a lo largo de mi intervención.

En primer lugar, solo puedo felicitarle y felicitar a la AMC porque en ella, hoy, haga su entrada un filósofo y con él la filosofía académica. He dicho con toda lucidez filosofía académica porque la filosofía no es una disciplina que surja en el vacío sino como consecuencia de las inquietudes propias de todos los seres humanos, pues es imposible ser humano y vivir ajeno a las grandes preguntas que dan motivo a esa filosofía que hace unos momentos he llamado académica. Porque los filósofos lo que hacen es pensar disciplinariamente sobre todas estas cuestiones que han preocupado a los humanos desde que estos adquirieron conciencia reflexiva, un proceso que necesitó de un grado determinado de encefalización cuya génesis hemos seguido muy atentamente a lo largo de la conferencia del profesor Diéguez. Todos los grandes filósofos se han visto tentados (en realidad intelectualmente obligados) a explorar en algún momento lo que entienden ellos por filosofía. A explicar los fundamentos y las razones de su discurso. La palabra discurso es una palabra hermosa y polisémica como todas. Tiene que ver con discurrir que lo mismo alude al paso del tiempo, de la vida, del agua en un río, o, como este acto que hoy estamos concelebrando, del pensamiento mismo. Filosofar es discurrir sobre las cosas de este mundo y desde esta perspectiva nada escapa al discurso filosófico. El profesor Diéguez es un filósofo que piensa sobre las cosas del mundo y desde dentro de ese mismo mundo. Es decir, es un filósofo realista, como el mismo le gusta definirse, una cuestión, esta del realismo, a la

que ha dedicado gran atención y alguno de sus libros.

Los que no somos filósofos tenemos una determinada visión, quizás deformada, de qué cosa es un filósofo. Desde luego lo imaginamos con una capacidad singular para pensar desde la totalidad, lo que sin duda es una condición del pensamiento filosófico. Pero hoy el pensamiento filosófico también se especializa. Porque especializarse significa ser capaz de profundizar en algo concreto. Un acto de responsabilidad. Especializarse exige un algo de renuncia, aunque no necesariamente de esa ambición integradora que hoy, quizás con más propiedad llamamos complejidad. Un ejercicio, en fin, de modestia imprescindible para ser útil. Y para esto hay que tener la inteligencia socrática del reconocimiento de la ignorancia y la audacia y la ambición intelectual de un científico que sabe que su campo de batalla está en la frontera del conocimiento. Es este el caso del profesor Diéguez, cuya disciplina, que palabra más hermosa es esta de disciplina, lo mismo identifica a un área de conocimiento, un conjunto de conocimientos estructurados, o a ese entrenamiento de la voluntad, que Don Santiago Ramón y Cajal identificaba, creo que en "*Los tónicos de la voluntad*", con la constancia, esa inteligencia de los pobres, decía de ella Don Santiago. Y en el caso del profesor Diéguez, decíamos, esta disciplina es la de la Lógica y Filosofía de la Ciencia.

Y es este el segundo regalo que supone para la AMC el ingreso hoy del profesor Diéguez. La filosofía de la ciencia es esa disciplina que se ocupa de pensar sobre el conocimiento y la práctica científica. La filosofía de la ciencia es parte de la teoría general del conocimiento (de la gnoseología), pero se reduce a un tipo de conocimiento, el científico, que no es, aunque algunos hoy así lo crean, la única forma de conocimiento, pero sí es, una de las más poderosas a la hora de aportar algo

más de luz a la oscuridad. Cole Porter, el gran compositor americano, decía que *“siempre está oscuro antes de encender la luz”* y, ¿no es la función de la ciencia, más que el descubrimiento de la “verdad”, el aportar algo de claridad en la maraña de la complejidad? Desde luego que hay otras formas de conocimiento, como el artístico o el estético que, aunque son cuestiones que también conciernen a la filosofía, se suelen considerar como independientes de ella. Algo parecido ocurre con la ética. Sin embargo, hoy estas separaciones ya no son tan obvias ni tan convenientes como tendremos la oportunidad de comentar al finalizar estas palabras.

En España la institucionalización de la filosofía de la ciencia en las Universidades no se produce sino hasta los años ochenta, ya en la democracia. Esto no quiere decir que no hubiera precedentes de grandes filósofos españoles que se han ocupado de pensar la ciencia. Fue el caso de Ortega (1883-1955), Unamuno (1864-1936), Xavier Zubiri (1898-1983), Laín Entralgo (1908-2001), Julián Marías (1914-2005), José Ferrater Mora (1912-1991), Gustavo Bueno (1924-2016), José Sacristán (1925-1985), Carlos París (1925-2014), Manuel Garrido (1925-2015), Javier Muguerza (1936-2019), entre otros muchos. También hubo instituciones como la Institución Libre de Enseñanza (ILE, fundada en 1876), a través de la cual se llevó a cabo una valiosa regeneración pedagógica, y la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE, creada en 1907), mediante la cual se emprendió la tarea de la institucionalización de la ciencia que Ortega echaba de menos. La Junta fue presidida en un inicio por Santiago Ramón y Cajal (1852-1954), quien junto a otros científicos como Leonardo Torres Quevedo (1852-1936), Ramón Turró (1854-1926), Pío del Río Hortega (1882-1945), Julio Rey Pastor (1888-1962), Blas Cabrera (1878-1945), Gregorio Marañón (1887-1960), Julio Palacios (1891-1970), José Luis Pinillos (1919-2013), no solo hicieron ciencia sino también pensaron y filosofaron sobre ella. Y ya más recientemente Jesús Mosterín (1941-2017), Carlos Ulises Moulines (1946-), Víctor Gómez Pin (1944-), Miguel Ángel Quintanilla (1945-), José Sanmartín (1948-), Javier Echeverría (1948-), entre otros, todos ellos nacidos ya en la postguerra cuya gran labor ha abierto las puertas en España a la institucionalización académica de la Filosofía de la Ciencia. Y es a partir de esta hornada cuando en los años

ochenta comienza a aparecer en las principales universidades de España cátedras de lógica y filosofía de la ciencia. Y es a partir de ese momento cuando el profesor Diéguez inicia su fecunda labor docente, investigadora y ensayística. Tras finalizar la carrera de filosofía en Málaga en 1984, leer la tesis doctoral en 1987, haber realizado 139 créditos de la carrera de biológicas y varias estancias en centros extranjeros, consigue la cátedra de Lógica y Filosofía de la Ciencia en 2010, incorporando así a la UMA y a la ciudad a aquellas otras Universidades y ciudades, españoles que en los últimos 30 años han implantado la disciplina de Filosofía de la Ciencia en sus aulas. Heredero intelectual de muchos de los filósofos arriba reseñados, el Profesor Antonio Diéguez es uno de los filósofos de la ciencia más considerados en este momento en nuestro país y uno de los académicos que más está contribuyendo al prestigio de la UMA en España y fuera de España. Solo hay que revisar su currículo. Pero baste señalar el interés que ha despertado su obra como muestran las recientes intervenciones y entrevistas en diferentes medios académicos y públicos.

Otro motivo de celebración hoy, del ingreso del profesor Diéguez en la AMC, es por el tema elegido para esta conferencia. Intentar responder a la pregunta de ¿cómo surgió la mente humana? es también intentar responder a la pregunta de cómo hemos llegado a ser humanos. Es esta, probablemente la pregunta más importante que los humanos pueden hacerse. Y para eso solo disponemos de los instrumentos que de la propia mente humana van surgiendo a lo largo de la evolución. Y es precisamente en este reconocimiento donde residen los propios límites de la respuesta. No es sorprendente, pues, que esta conferencia haya comenzado con la cita de Richard Lewontin, uno de los grandes evolucionistas:

“No sabemos esencialmente nada de la evolución de nuestras capacidades cognitivas, y hay una posibilidad grande de que nunca sepamos mucho sobre ello”.

Y, sin embargo, los progresos que en los últimos tiempos se han producido sobre el conocimiento de la mente humana han sido enormes, como se ha puesto de manifiesto durante la conferencia. A lo largo de la historia los humanos han intentado dar respuestas a la pregunta de *“qué nos hace humanos”*, mediante

la magia, los mitos, la religión o más tarde la filosofía. Solo más recientemente mediante la ciencia. Aunque la mente lógica que después se llamaría científica ha estado presente desde que el homínido adquiere una conciencia reflexiva, la ciencia moderna comienza hace unos pocos siglos. Darwin publica su teoría de la evolución ya en plena época de la ciencia moderna y va a ser la teoría de la evolución la que proporcione los instrumentos para romper las amarras con la heteronomía epistémica, –esa que impedía pensar la mente humana sin recurrir a explicaciones metafísicas–, permitiendo el inicio de este arduo camino de la autonomía intelectual, de la mano sobre todo de la investigación científica, tal como el profesor Diéguez ha ido desarrollando en su conferencia. Como bien ha dejado constancia la primatología, la paleoantropología, la etología cognitiva, las neurociencias (neuroarqueología), la psicología evolucionista, la lingüística, la ecología del comportamiento, pero también la biología evolutiva, la química sintética o biótica, etc., proporcionan información y conocimiento sobre el origen de los humanos. Salvo para creacionistas irredentos o defensores de las diferentes variantes del diseño inteligente, hoy ya para la mayoría de los científicos hay pocas dudas de que los humanos forman parte de un continuo evolutivo que nos une con el resto de los seres vivos y por extensión con el resto del Universo. De que no somos sino un cuerpo humano evolucionado que se separó del filum de los primates hace unos 6-8 millones de años, que después de atravesar una etapa de especiación, breve en términos evolutivos, y de varias tentativas fallidas como las *Homo erectus*, los *neandertales*, los *denisovanos*, o el *Homo floresiensis* (entre otros, por ahora) desemboca en esa nueva especie, la nuestra, que no sin jactancia hemos dado en llamar *Homo sapiens sapiens*. Una nueva especie que hace solo entre 100 y 200.000 años, después de unos cambios morfológicos adaptativos (la bipedación, la disminución del tamaño del intestino, la liberación de las manos, y, sobre todo el aumento del tamaño del cerebro), permitieron, por un lado, la aparición del pensamiento simbólico, y, por otro, la capacidad de producir artefactos. Es decir, la aparición de lo que más adelante se llamaría tecnología y cultura. Y desde este momento, que se medirá en milenios, la evolución de los humanos, al contrario que la del resto de los

animales, se bifurca. Por un lado, continúa la evolución biológica lenta y predecible como corresponde a la naturaleza misma de las leyes que los humanos comparten con el resto de los seres vivos, desde las bacterias a los grandes simios. Y, por otro, la evolución cultural y tecnología, rápida e impredecible. Y es desde esta propiedad de la evolución humana, desde la que hoy el profesor Diéguez puede hacernos estas preguntas. Preguntas incómodas que no tienen todas las respuestas aunque ahora comenzamos a conocerlas en parte, como, por ejemplo, que la idea de mente, cerebro, cuerpo, a la manera del viejo dualismo, es solo una forma de simplificar la realidad pero no es la realidad, pues no es concebible esta disección de lo humano en compartimentos independientes sino que solo existe el cuerpo humano, fuente y principio de todo lo demás, un demás, por otro lado, la mayor parte de las veces incomprensible, un verdadero milagro, aunque como dice Alice Roberts hoy podamos considerarlo como un verdadero “milagro natural” al que la ciencia cada día va arrancando alguno de sus misterios. Un milagro natural como es, por ejemplo, el que estemos aquí en este acto académico, en esta liturgia, en la que uno de nosotros, hoy el profesor Diéguez, interroga al mundo natural, con esta conferencia que surge de manera misteriosa de esa misma corporalidad que aquí reivindicamos, y desde la que Diéguez se formula preguntas y propone respuestas sobre nuestros orígenes y sobre la naturaleza misma del origen de estas preguntas cuyas respuestas se hunden en lo más profundo de la historia filogenética de los humanos, a donde, ahora, de la mano de la ciencia, por primera vez, estamos consiguiendo penetrar.

Hoy sabemos, en fin, que somos un animal inacabado desde el punto de vista evolutivo que se ha ido construyendo a lo largo de millones de años mediante un diálogo no determinista llevado por el azar y la necesidad (según la feliz y poética expresión de Jaques Monod), unas veces agónico y otras simbiótico e incluso solidario. Un animal inacabado biológicamente que, en el algún momento, hace no demasiado en términos evolutivos, desarrolla unas capacidades cognitivas que le dan grandes ventajas sobre el resto de las especies, gracias a la construcción de un gigantesco mundo exosomático llamado genéricamente cultura o tecnocultura, sin la cual en este momento los

seres humanos, ni como individuos ni como especie, podríamos sobrevivir. Hasta hace no demasiado los humanos hemos estado muy orgullosos de nuestro desarrollo tecnocultural. Pero desde hace no demasiado la percepción que los humanos tenemos del progreso está cambiando. Hay razones para ello. Por un lado, desde diferentes voces, se está poniendo en cuestión el viejo humanismo, heredero de la ilustración, expresión máxima del desarrollo cultural del que hablamos hace unos momentos. Quienes así piensan hablan ya de un mundo transhumano o posthumano, al que el profesor Diéguez ha dedicado en los últimos tiempos algunas de sus mejores páginas y, desde luego, las de más éxito editorial, como muestra la acogida dispensada a su más reciente libro, titulado "*Transhumanismo*" o las numerosas entrevistas en periódicos de difusión nacional, generalistas o especializadas, o a mesas redondas en los grandes centros de investigación del país. Un fracaso del viejo humanismo para solucionar los viejos problemas de la humanidad, que se ha unido a los fundados temores que ahora ya suscita la tecnología, por su gran capacidad de transformación del mundo natural, de manera que, por primera vez, los humanos comienzan a ver la tecnología, como un problema y no solo como una solución, hasta el extremo que comenzamos a hablar de una nueva era, el Antropoceno, que sucede y pone fin al Holoceno, como resultado del efecto antrópico sobre el geoclima de la Tierra, que está generando retos de tal envergadura como es, incluso, el de poner en riesgo el futuro de la vida en la Tierra y con ella de la humana, al menos tal como a ambas las conocemos.

Y es desde esta nueva sensibilidad crítica ante la tecnociencia donde reside el acierto del ingreso del profesor Diéguez en la AMC. La AMC es una academia centenaria en la que sus socios son distinguidos miembros del colegio de profesionales y científicos malagueños. Uno de los objetivos de la Academia, explicitados en numerosas ocasiones en los últimos tiempos, es el hacer visible la ciencia en la sociedad y, sobre todo, hacer ver que la ciencia es cultura, parte de la cultura y que sin ella es hoy imposible hablar de una sociedad culta. Para la AMC la incorporación como académico de número del profesor Diéguez Lucena es una gran oportunidad, no solo porque su prestigio potenciará el de la AMC, sino

porque su presencia será de una gran utilidad para reforzar los lazos entre las ciencias y las humanidades, entre las disciplinas científicas más positivistas y aquellas como la sociología, la medicina clínica, la arquitectura, la historia o el derecho, todas ellas presentes en la AMC que sin dejar de ser ciencias están más cercanas al viejo territorio de las humanidades. Un espacio entre las dos culturas que la filosofía de la ciencia ocupa por derecho propio.

Los retos que nos presenta el mundo actual son de tal naturaleza, que cada vez son más los que desde el lado de la ciencia y desde el lado de las humanidades proponen, si no la integración, si al menos el acercamiento, entre las disciplinas científicas y las humanidades como el mejor instrumento para construir una sociedad capaz de hacer frente a los enormes retos del futuro. ¿Y no es esto lo que desde hace años viene proponiendo la Academia Malagueña de Ciencias (AMC)? Naturalistas, químicos, físicos, matemáticos, astrónomos, pero también arquitectos, médicos, historiadores, periodistas, sociólogos, juristas y ahora también filósofos, conviven en el seno de la Academia desde su fundación. La ciencia es parte de la cultura, la ciencia es cultura, es el lema de la AMC desde al menos los comienzos del siglo XXI. La ciencia no es, no puede ser, solo, el abrevadero de una tecnología insaciable. La ciencia necesita de unas humanidades que sean capaces de hacerse las mismas preguntas que se hace la ciencia y llevarlas más allá, como corresponde a su histórica vocación trascendente. Necesitamos de la historia para conocer el pasado y la historia es un continuo de la prehistoria y está de la protohistoria de la que hoy nos da cuenta la paleontología y la biología evolutiva, pero también la lingüística, la paleoarqueología o la psicología evolutiva. Las humanidades tienen que volver la mirada al pasado y acompañar a los científicos en ese viaje apasionante por el mundo natural y los científicos tienen que ayudar a las humanidades a descubrir, por ejemplo, las bases naturales de la creatividad, esa propiedad tan humana, que es por donde debíamos de haber comenzado estas palabras. Lo que se necesita, en fin, son unas disciplinas científicas que deberán ser cada vez más humanistas y unas humanidades que deberían ser cada vez más científicas. ¿Y no es todo esto un proyecto apasionante en un mundo que necesita ser pensado? Pensar el mundo y al

mismo tiempo vivir en él. Casi nada. Un gran proyecto para los nuevos y jóvenes héroes del siglo XXI que, como en esos dibujos animados japoneses que han educado su infancia, tienen la obligación y la tarea de liberar al mundo de sus propios demonios familiares.

Para la filosofía es un reto repensar el mundo a partir de toda la ingente información de la ciencia y muy especialmente de los hallazgos sobre el origen del hombre y la teoría de la evolución. Para la ciencia es imprescindible dejarse permear por la capacidad de la filosofía para hacer preguntas y por la capacidad del resto de las humanidades para dejarse sorprender por lo inefable.

Como dice E.O. Wilson, *"...no se trata de preguntas ociosas, para que las respondan los habituales de los salones o los invitados después de la cena. No se trata de juegos mentales, ni de ejercicios para agudizar las habilidades en la lógica. Se plantean literalmente cuestiones de vida o muerte..."*.

Las viejas y no tan viejas teologías siempre supieron que en el interior de los humanos convivían un ángel y un demonio. También la filosofía, el arte, la sociología, la antropología se las tienen que ver con esta ambivalencia de lo humano. La ciencia está comenzando a hurgar en estos terrenos que hasta ahora le estaban vedados. Su mayor contribución, hasta ahora, probablemente, el descubrimiento de que somos un continuo filogenético que nos une al resto de las especies, vivas actualmente o ya desaparecidas, desde el comienzo de los tiempos y en estrecha dependencia e interacción con el resto de la Naturaleza, tanto animada como inanimada. Una especie que adquiere conciencia de sí en un momento determinado, construyendo un mundo (el de la cultura) que evoluciona y discurre a gran velocidad, pero no de manera independiente al resto de la naturaleza, sobre la que, en ese momento, además, tiene una enorme capacidad de modificar y por tanto una gran responsabilidad. Tanto la ciencia como las humanidades (al menos una parte de los científicos y de los humanistas) parecen comenzar a coincidir en que este mundo complejo solo podrá comprenderse mediante la interacción entre las ciencias y las humanidades. Unas disciplinas científicas y humanísticas que, trabajando juntas, pudieran alumbrar lo que Wilson llama una tercera ilustración.

Ahora para terminar permítanme que les cuente una pequeña historia personal relacionada con el profesor Diéguez. En el año 2010 la Consejería de Salud de la Junta de Andalucía, me encomendó la creación del Instituto de Investigación Biomédica de Málaga. Junto a la doctora Maribel Lucena, a lo largo de tres años llevamos el Instituto a su acreditación en 2013 por el ISCIII. Esto nos dio la oportunidad de conocer a numerosos investigadores y grupos de investigación de Málaga. La existencia en Málaga de grupos que trabajaban en la frontera de las ciencias biomédicas, pero que no se ajustaban al perfil convencional de la investigación biomédica, nos llevó a la idea de crear un grupo de humanidades no competitivo y adjunto directamente a la dirección científica. Estábamos entusiasmados con el descubrimiento de estos grupos y con la posibilidad de incorporarlos al instituto. A Maribel Lucena y a mí nos parecía que teníamos entre manos la posibilidad de hacer algo verdaderamente original. Fue en este empeño donde conocí al profesor Diéguez. Hacía bastantes años que estando en Madrid en el FIS había leído un trabajo sobre Popper de un tal Diéguez, un joven profesor de la Facultad de Filosofía de Málaga. No se me olvidó y muchos años después le pregunté por él a mi amigo Teodoro León Gross, al que también queríamos vincular al proyecto. Me presenté un día en su despacho y allí iniciamos una larga conversación que ha llegado hasta hoy. Me dijo, (con la modestia que le caracteriza) que estaba sorprendido de que me hubiera presentado en su despacho en vez de convocarlo en el mío y yo le dije (para entonces ya me había leído alguno de sus libros), que era una pena haberlo conocido tan tarde pues de haberlo leído antes, habría digerido mejor los atracones de filosofía de la ciencia (Popper, Feyerabend, Carnap y otros) de la época en la que padecí el sarampión epistemológico. Recuerdo que cuando terminamos aquella primera conversación, Antonio me dijo: Federico, me parece que Málaga comienza a ser ya demasiado grande cuando dos personas como tú y yo han tardado tanto tiempo en conocerse. Y yo me sentí muy halagado, de que una persona joven a la que comenzaba a admirar, reconociera a este modesto y viejo clínico como un interlocutor válido.

Tal vez alguno de ustedes se pregunte cuál fue el destino final de aquella iniciativa de crear un grupo de humanidades vinculado al IBIMA: La administración nos obligó a suprimirlo por

considerar que su incorporación al Instituto le restaba competitividad. Sin comentarios. Han pasado los años y la AMC esa demostrando con los hechos, en este caso con el ingreso hoy del profesor Antonio Diéguez como académico, que aquella idea de la Dr^a Maribel Lucena y mía

de crear un grupo de humanidades adscrito a la dirección científica del IBIMA, era buena.

Enhorabuena Antonio, enhorabuena a la Academia Malagueña de Ciencias y muchas gracias a todos ustedes por su atención.